

rio, tengo que hacer á vd. una súplica. No estoy contento con un viejo escudero que tengo en casa, y en su lugar quisiera una dueña fiel, severa y vigilante, que guardase á mi muger.—Ya entiendo, respondió mi amo: vd. necesitaria de la señora Melancia, que fué la que custodió á mi difunta esposa, que aunque ha seis semanas que enviudé, todavía la mantengo en casa. A la verdad me seria muy útil para gobernarla; pero se la cedo á vd. gustoso por lo mucho que me intereso en su honor. Bien puede descuidar con ella en punto á la seguridad de su honra, porque es la perla de las dueñas, y un verdadero dragon para guardar la castidad del seco frágil. En doce años enteros que estuvo al lado de mi muger (que como vd. sabe era moza y linda) no ví en mi casa ni aun la sombra de un galan. Sí por cierto, bonita era la dueña para sufrirlo; sobre este punto no aguantaba chanzas. Aun diré mas: mi muger á los principios gustaba mucho de pasatiempos y galanteos; pero la señora Melancia supo fundirla tan de nuevo, que la inclinó enteramente á la virtud. En fin, es un tesoro para vuestra seguridad. Quedó el señor doctor muy satisfecho de unos informes tan á medida de su deseo, y ambos convinieron en que hoy mismo iria la dueña á ocupar el lugar del escudero.

Esta noticia, que tuve por cierta, como en efecto lo era, desconcertó las ideas de todos los buenos ratos que yo esperaba lograr; y Marcos, que vino despues de comer, acabó de desvanecérmelas, confirmando todo lo que me habia dicho el mancebo.—Amigo Diego, me dijo el buen escudero, estoy contentísimo con que el doctor Oloroso me haya despedido, porque me ha librado de molestísimos disgustos y cuidados. Ademas de haberme echado á cuestras, muy contra mi inclinacion, un villanísimo empleo, necesitaba andar continuamente ideando trazas y urdiendo enredos para que pudieses hablar secretamente á Marcelina. ¡Qué embrollo! Gracias al cielo me veo ya fuera de estos cuidados, y sobre todo de los peligros que los acompañan. Por lo que á tí toca, hijo mio, tambien debes alegrarte de haber perdido algunos ratos de un placer momentáneo, á trueque de haberte librado de tantas pesadumbres, sustos y riesgos. Agradóme mucho la moral de Marcos, porque me pareció que ya nada podia esperar, y sin hacerme gran violencia determiné abandonar el campo. No era yo, lo confieso, de aquellos amantes porfiados que hacen vanidad de luchar contra todos los obstáculos; pero aun cuando lo fuera, la señora Melancia dejaria bien burlado mi empeño y tenacidad. El genio riguroso que atribuian á aquella muger era capaz de desesperar á los amantes mas pertinaces y atrevidos. Sin embargo de los colores con que me la habian pintado, no dejé de entender, dos ó tres dias despues, que la señora médica habia adormecido á aquel Argos, y corrompido su fidelidad. Salia yo una mañana de casa á afeitarse á un vecino

nuestro, cuando una buena vieja se llegó á mí, y me preguntó si era yo Diego de la Fuente.—Respondile que sí, y ella me replicó:—Pues á vd. venia yo buscando. Vaya su merced esta noche á la puerta de Doña Marcelina, haga alguna señal, y luego le será abierta.—Muy bien, le repliqué yo: pero es preciso que quedemos de acuerdo sobre qué señal ha de ser. Yo sé remedar maravillosamente el maullido del gato, y maullaré dos ó tres veces.—Basta eso, repuso la mensajera de amor: voy á dar parte de su respuesta á la señora. Servidora de vd., señor Diego: el cielo le conserve. ¡Qué galan sois! A fe que si yo fuera una niña de quince años no le buscaria para otra. Diciendo esto se desvió de mí aquella oficiosa vieja.

Agitóme terriblemente este mensaje, y toda la moral de Marcos se la llevó el aire. Esperé con impaciencia la noche, y cuando me pareció que ya estaria durmiendo el doctor Oloroso, me encaminé hácia su puerta. Allí dí principio á mis maullidos, que debian oirse de lejos, y hacian mucho honor al maestro que me habia enseñado tan bello idioma. Un momento despues bajó la misma Marcelina á abrir con mucho tiento la puerta, y volvió á cerrarla luego que yo hube entrado. Subimos á la sala en donde habiamos tenido nuestro último concierto, la cual estaba débilmente alumbrada por una luz que ardia sobre la chimenea. Nos sentamos juntos para dar principio á nuestra conversacion, alterados ambos, aunque con la diferencia de que el placer solo causaba la conmocion de Marcelina, y la mia estaba mezclada con un poco de sobresalto. En vano me aseguraba mi dama que nada teniamos que temer por parte de su marido, pues se habia apoderado de mí un temblor que turbaba mi alegría. Sin embargo, le pregunté:—Señora, ¿cómo habeis podido enganar la vigilancia de vuestra aya? Por lo que oí decir de Melancia, no creia que os fuese posible hallar medios de darme noticias vuestras, y mucho menos de vernos á solas. Sonriéndose entonces Marcelina de mi pregunta, me contestó:—Dejará de sorprenderte de la secreta entrevista que tenemos esta noche juntos, luego que te haya contado lo que pasó entre las dos. Cuando entró en esta casa, mi marido le hizo mil caricias, y me dijo:—Marcelina, te entrego á la direccion de esta discreta señora, que es un compendio de todas las virtudes, y un espejo en que debes mirarte de continuo para instruirte en la modestia. Esta admirable persona dirigió por espacio de doce años á la muger de un boticario amigo mio: pero dirigió. . . . de lo que hay poco, en términos que hizo de ella casi una santa.

Estas alabanzas, que el aspecto grave de Melancia no desmentia, me costaron muchas lágrimas, y me pusieron desesperada. Me figuré las lecciones que tendria que escuchar desde la mañana hasta la noche, y

las reprensiones que me seria forzoso aguantar todos los dias. En fin, consentí en llegar á ser la muger mas desgraciada del mundo, y olvidando toda consideracion en medio de una esperanza tan cruel, le dije con mucha sequedad á la aya luego que me ví sola con ella:—Sin duda os dispondreis para hacerme padecer mucho; pero debo advertiros que soy poco sufrida, y que no dejaré por mi parte de daros cuantos desaires pueda. Os declaro que mi corazon está dominado de una pasion que no serán capaces de arrancar de él vuestras reconvenciones. Sobre esto podeis tomar vuestras medidas: redoblad vuestra vigilancia, porque os prometo no omitir nada para engañarla. Al oír estas palabras la dueña adusta, que bien creí iba á ensartarme un sermón por primera entrada, se puso risueña, y me dijo con un tono afable:—Mucho me agrada vuestro carácter; vuestra franqueza provoca la mia, pues veo que nacimos la una para la otra. ¡Ah! bella Marcelina, qué mal me conoceis si formais juicio de mí por el elogio de vuestro esposo ó por la severidad de mi exterior! No me tengais por enemiga de los placeres, porque no me hago agenta de los celos de los maridos sino para ser útil á las mugeres hermosas. Hace mucho tiempo que poseo el grande arte de disfrazarme; y puedo decir que soy doblemente feliz, porque disfruto á un mismo tiempo de la comodidad del vicio y de la reputacion que da la virtud. Para entre nosotras, el mundo no es virtuoso sino de este modo: cuesta demasiado adquirir el fondo de las virtudes, y por eso en el dia todos se contentan con tener sus apariencias.

—Dejaos guiar por mí, continuó la aya, y vereis cómo se la pegamos tan bien al viejo doctor Oloroso, que os aseguro tendrá la misma suerte que el señor farmacéutico, porque no me parece mas respetable la frente de un médico que la de un boticario. ¡Pobre señor! ¡cuántas piezas le jugamos su muger y yo! ¡Qué amable era aquella señora, y de qué bello carácter! ¡Su alma goce de Dios! Os aseguro que ha pasado bien su juventud: ha tenido qué sé yo cuantos amantes á quienes introduje en su casa sin que su marido lo advirtiese jamas. Así, señora, miradme con ojos mas favorables, y estad convencida de que, por mas talento que tuviese el escudero que os servia, nada perderéis en el trueque, y aun talvez os seré mas útil que él.

—Figúrate ahora, Diego, continuó Marcelina, si habré agradecido á la dueña el haberseme descubierto con tanta franqueza, cuando la creia de una virtud austera. Ve ahí como se juzga mal de las mugeres. Melancia se grangeó desde luego mi afecto por este carácter de sinceridad, y la abracé con un gozo estremado que le manifestó con anticipacion cuánto me alegraba de tenerla por aya. Haciéndola en seguida enteramente confidenta de mis sentimientos, le pedí que me proporcionase cuanto



antes una conversacion á solas contigo; lo que efectivamente cumplió, valiéndose esta mañana de la vieja que te habló, y que es una mensajera que le sirvió muchas veces para la muger del boticario.—Pero lo que hay de mas gracioso en esta aventura, añadió Marcelina riéndose, es que Melancia, por la relacion que le hice de la costumbre que tiene mi esposo de pasar la noche sosegadamente, se acostó junto á él, y ocupa mi lugar en este momento.—Lo siento mucho, señora, dije entonces á Marcelina, y de ningun modo apruebo vuestra invencion. Vuestro marido puede muy bien despertarse, y echar de ver el engaño.—¡Oh, eso no! replicó ella con precipitacion; no tengas el menor cuidado por eso, y no hagas que un vano temor acibare el placer que debes tener en hallarte con una muger que te quiere.

La esposa del doctor, observando que este discurso no desvanecia mis temores, no omitió nada de cuanto creyó á propósito para serenarme, y por fin hizo tanto que llegó á conseguirlo. Desde este momento ya no pensé mas que en aprovecharme de la ocasion; pero al tiempo en que Cupido, acompañado de las Risas y de los Juegos, se disponia á labrar mi felicidad, oimos dar unas fuertes aldabadas á la puerta de la calle. Al instante el Amor y su comitiva volaron á manera de unos pajarillos tímidos espantados repentinamente por un gran ruido. Marcelina me ocultó debajo de una mesa que habia en la sala; apagó la luz, y (como lo habia concertado con su aya, en caso que este contratiempo sucediese) se fué á la puerta de la alcoba en que dormia su marido. Entretanto, los golpes que atronaban la casa continuaban con tanta repeticion que, despertando el doctor, se sentó en la cama dando voces á Melancia. Arrojóse esta de la cama, aunque el viejo, que creia era su muger, le decia que no se levantase; reunióse con su ama, que, sintiéndola á su lado, la llamaba á gritos para que fuese á ver quién estaba á la puerta.—Ya estoy aquí, señora, le respondió la aya, volveos á la cama si quereis, que yo voy á ver lo que es. Durante este tiempo, habiéndose desnudado Marcelina, se acostó con el doctor, que no tuvo la menor sospecha de que le engañasen. Bien es verdad que esta escena acababa de representarse en la oscuridad por dos actrices, de las cuales una era incomparable, y la otra tenia mucha disposicion para serlo.

La aya no tardó en presentarse en bata de dormir y con una luz en la mano, diciendo á su amo:—Señor doctor, tenga vd. la bondad de levantarse á prisa, porque al librero Fernandez Buendia, vecino nuestro, le acometió una apoplejía, y os llaman de su parte para que voleis á su socorro. El médico, vistiéndose lo mas pronto que pudo, partió á casa del enfermo, y su muger en bata de noche vino con la aya á la sala en donde yo estaba, y me sacaron de debajo de la mesa mas muerto que vivo.

—Nada tienes que temer, Diego, me dijo Marcelina: serénate. Al mismo tiempo, diciéndome en dos palabras de qué modo se había arreglado la cosa, quiso en seguida volver á tomar el hilo de la conversacion que tenia conmigo y habia sido interrumpida; pero se opuso á esto la aya.— Señora, le dijo, vuestro marido acaso puede hallar muerto al librero, y volverse inmediatamente; ademas de que, añadió, viéndome traspasada de miedo, ¿qué hariais con ese pobre mozo, no hallándose en estado de continuar la conversacion? Mas vale ponerle en la calle, y dejar el negocio para mañana. Doña Marcelina convino en ello, aunque á pesar suyo, tan amiga era de lo presente; y creo que sintió bastante no haber podido hacer poner al doctor el nuevo bonete que le tenia destinado.

En cuanto á mí, menos afligido de haber malogrado los mas preciosos favores del amor, que gozoso de verme libre del peligro, me fuí á casa del maestro, en donde pasé el resto de la noche en reflexionar sobre mi aventura. Estuve algun tiempo indeciso si acudiria á la cita de la noche siguiente, porque no formaba juicio de salir mas bien librado en esta segunda calaverada que en la primera; pero el diablo, que siempre nos cerca, ó por mejor decir, se apodera de nosotros en semejantes lances, me hizo creer que pasaria por un mentecato si me quedaba á la mitad de un camino tan bueno; y aun representó á mi imaginacion á Marcelina con nuevos atractivos, y ponderó el precio de los placeres que me esperaban. Resolví, pues, continuar mi entremes, y muy resuelto á tener mas firmeza, con tan bellas disposiciones, me fuí al día siguiente á la puerta del doctor entre once y doce de la noche, y en medio de una oscuridad tan grande que no se veia brillar una sola estrella en el cielo.

Maullé dos ó tres veces para avisar que estaba en la calle; pero como nadie bajaba á abrirme, no me contenté con empezar de nuevo, sino que me puse á remedar todos los diferentes gritos de gato que un pastor de Olmedo me habia enseñado, y lo hice tan al natural, que un vecino que volvia á su casa, teniéndome por uno de estos animales cuyos maullidos imitaba, cogió un guijarro que tropezó con los piés y me le arrojó con toda su fuerza diciendo:—*¡Maldito sea el gato!* Recibí tan fuerte golpe en la cabeza que quedé aturdido por el pronto, y faltó poco para que cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo, y perdiendo el amor juntamente con la sangre, me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro reconoció la herida que le pareció peligrosa, pero no tuvo malas resultas y se cerró al cabo de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Marcelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, le buscasse algun otro conocimiento, de lo que no me informé porque nada me inportaba; pues salí de Madrid para andar la España luego que me ví perfectamente curado.



CAPÍTULO VIII.

Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba mojando mendrugos de pan en una fuente, y conversacion que con él tuvieron.



CONTÓME el amigo Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron en adelante; pero todas de tan poca importancia, que no merecen la pena de referirse. Sin embargo, me ví precisado á oírse las, y en verdad que no fué breve la relacion, pues duró hasta que llegamos á Puente de Duero, donde nos detuvimos lo restante de aquel día. Hicimos en el meson que nos dispusiesen una buena sopa, y asasen una liebre, despues de cerciorarnos de que era verdaderamente tal. Al amanecer del día siguiente proseguimos nuestro camino, habiendo antes llenado la bota de un vino mediano, y metido en las mochilas algunos pedazos de pan, juntamente con la mitad de la liebre que nos habia sobrado de la cena.

Despues de haber caminado cerca de dos leguas, nos sentimos con gana de almorzar, y habiendo visto como á doscientos pasos del camino un grupo de árboles que hacian sombra deliciosísima, escogimos aquel sitio, é hicimos alto en él. Allí encontramos á un hombre como de veinte y siete á veinte y ocho años, que estaba mojando en una fuente algunos zoquetes de pan. Tenia á su lado sobre la yerba una espada larga y una mochila. Pareciónos mal vestido; mas por otra parte, de buen rostro, y bien plantado. Saludámosle cortesmente, y él nos correspondió con igual cortesanía. Presentónos luego sus mendrugos mojados, y con cierto aire risueño y despejado nos dijo si éramos servidos. Admitimos el convite en el mismo tono, mas con la condicion de que habia de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen mas abundantes.